

CUANDO EL BIENESTAR PERSONAL DESPLAZA LA VOLUNTAD DE DIOS

Por

Lorenzo Luévano



Hay una tendencia cada vez más frecuente entre quienes profesan ser cristianos, que merece nuestra atención porque, aunque suele presentarse mediante expresiones aparentemente saludables, motivadoras y hasta espirituales, puede conducirnos silenciosamente hacia una concepción de la vida profundamente distinta de aquella que Jesucristo enseñó a sus discípulos. Me refiero a la creciente preocupación por cultivar una mentalidad positiva, desarrollar pensamientos favorables, fortalecer la autoestima, practicar la gratitud como instrumento de bienestar emocional y adoptar una actitud de superación permanente, mientras se concede una importancia cada vez menor al conocimiento, la obediencia y el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En nuestros días resulta bastante común encontrar publicaciones en las que personas que se identifican como cristianas recomiendan comenzar cada mañana pronunciando afirmaciones positivas, sustituir las expresiones de incapacidad por preguntas que estimulen la creatividad, aprender a agradecer para experimentar tranquilidad emocional y desarrollar hábitos mentales que favorezcan una existencia más saludable. Se nos aconseja que, en lugar de decir «no puedo», aprendamos a preguntar «¿cómo puedo hacerlo?», porque semejante modificación del lenguaje supuestamente abrirá nuevas posibilidades y nos permitirá enfrentar las dificultades con una disposición más favorable.

Desde luego, sería equivocado condenar indiscriminadamente todas estas recomendaciones, puesto que algunas contienen observaciones razonables acerca de la conducta humana y pueden tener aplicaciones legítimas en determinadas circunstancias. La perseverancia es una virtud, la gratitud tiene un lugar importante en las relaciones humanas y aprender a enfrentar las dificultades con prudencia puede contribuir favorablemente a nuestra vida cotidiana. Sin embargo, la cuestión que debe preocuparnos como cristianos tiene una profundidad que frecuentemente pasa inadvertida, porque una persona puede desarrollar una actitud extraordinariamente positiva hacia la vida y, al mismo tiempo, mantener una actitud profundamente negativa hacia la voluntad de Dios.

Se puede aprender a pensar mejor sin aprender a obedecer mejor. Se puede adquirir disciplina personal mientras se abandona la disciplina espiritual. Se puede experimentar satisfacción emocional sin haber corregido aquello que desagrada al Señor. Incluso es posible construir una vida que, desde la perspectiva humana, parezca admirable por su equilibrio psicológico, sus logros materiales y su capacidad para superar las adversidades, mientras permanece espiritualmente arruinada por la indiferencia hacia las enseñanzas de Jesucristo.

Por eso, conviene preguntarnos si estamos formando nuestro carácter conforme a la palabra de Dios o si, inadvertidamente, hemos comenzado a evaluar nuestra condición espiritual mediante los criterios de una cultura que coloca el bienestar individual en el centro de todas sus aspiraciones. Porque cuando el cristiano deja de preguntarse qué espera Dios de su vida y comienza a preocuparse principalmente por aquello que lo hace sentir mejor consigo mismo, se produce una alteración fundamental de sus prioridades, aunque todavía conserve un lenguaje religioso y continúe identificándose públicamente como creyente.

Los antecedentes históricos de una espiritualidad centrada en el bienestar humano

La preocupación por alcanzar una vida satisfactoria mediante el gobierno de los pensamientos y las emociones posee antecedentes antiguos, aunque sus formulaciones modernas presentan características particulares. En la filosofía grecorromana, por ejemplo, los estoicos concedieron una importancia considerable al juicio racional, al dominio de las pasiones y a la actitud con la que el individuo enfrentaba las circunstancias que escapaban de su control. Epicteto, durante los siglos I y II de nuestra era, desarrolló enseñanzas acerca de la relación entre nuestros juicios y las perturbaciones emocionales, mientras que Marco Aurelio, emperador romano del siglo II, reflexionó sobre la necesidad de cultivar una disposición interior disciplinada ante las dificultades de la existencia.

Estas reflexiones no deben confundirse con la moderna psicología positiva ni pueden considerarse idénticas a sus procedimientos, aunque permiten reconocer que el interés por el dominio de la vida interior tiene una historia considerablemente anterior a los movimientos contemporáneos de superación personal.

Durante el siglo XIX, especialmente en Estados Unidos, surgieron corrientes religiosas y filosóficas que concedieron un papel extraordinario al pensamiento humano como instrumento para transformar la experiencia personal. Entre ellas destacó el movimiento conocido como New Thought, o Nuevo Pensamiento, asociado históricamente con figuras como Phineas Parkhurst Quimby y posteriormente desarrollado mediante diversas

expresiones religiosas y metafísicas. Algunas de estas corrientes promovían la idea de que determinados estados mentales ejercían una influencia decisiva sobre la salud y las circunstancias personales, llegando en ciertas formulaciones a atribuir al pensamiento facultades que excedían considerablemente aquello que puede demostrarse mediante la experiencia ordinaria.

A mediados del siglo XX, el pastor estadounidense Norman Vincent Peale contribuyó notablemente a popularizar el lenguaje del pensamiento positivo mediante su libro *The Power of Positive Thinking*, publicado en 1952. Su propuesta combinaba referencias religiosas, recomendaciones psicológicas prácticas y técnicas destinadas a fortalecer la confianza personal frente a las dificultades cotidianas. La obra alcanzó una difusión considerable y contribuyó a familiarizar al público religioso con la idea de que una actitud mental positiva constituía una herramienta importante para alcanzar una vida satisfactoria.¹

Conviene distinguir, sin embargo, entre aquella literatura motivacional y la psicología positiva que adquirió un desarrollo académico particular hacia finales del siglo XX. En enero del año 2000, Martin E. P. Seligman y Mihaly Csikszentmihalyi publicaron en la revista *American Psychologist* un artículo titulado *Positive Psychology. An Introduction*, mediante el cual presentaron un programa de investigación interesado en estudiar científicamente las experiencias positivas, las fortalezas del carácter y las condiciones que favorecen el bienestar humano.²

La psicología positiva, considerada como campo de investigación, no debe ser confundida automáticamente con las corrientes metafísicas del Nuevo Pensamiento ni con las afirmaciones más extremas de algunos promotores de la superación personal. Sus investigaciones pueden aportar conocimientos legítimos acerca del comportamiento humano y de las condiciones relacionadas con el bienestar psicológico. No obstante, tampoco corresponde atribuir a sus resultados una autoridad teológica que sus métodos científicos no pretenden establecer.

De hecho, diversas investigaciones han encontrado que determinadas prácticas de gratitud pueden producir beneficios modestos sobre el bienestar subjetivo, aunque los resultados relacionados con la salud física son más variables y requieren mayores investigaciones. Un metaanálisis publicado en 2025, que reunió 145 estudios procedentes de 28 países, identificó beneficios positivos, pero pequeños, en el bienestar de quienes practicaban determinadas intervenciones de gratitud.³

¹ <https://www.amazon.com/Power-Positive-Thinking-Norman-Vincent/dp/0743234804>

² <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/11392865/>

³ <https://www.pnas.org/doi/10.1073/pnas.2425193122>

Estas observaciones permiten reconocer que existen aspectos útiles en determinadas técnicas psicológicas, pero también revelan los límites de sus conclusiones. Una investigación puede estudiar si determinada práctica contribuye a mejorar el estado emocional de las personas, aunque semejante resultado jamás podría establecer, por sí mismo, que esa práctica constituye el fundamento de una vida agradable delante de Dios.

Aquí encontramos precisamente uno de los peligros de nuestra época. Muchos cristianos reciben ideas procedentes de la literatura motivacional, de la psicología popular y de los discursos contemporáneos sobre el bienestar, las incorporan a su vocabulario cotidiano y terminan utilizándolas como si expresaran la esencia misma de la vida cristiana, sin detenerse a examinar si las prioridades que promueven corresponden verdaderamente a las enseñanzas del Nuevo Testamento.

El problema adquiere mayor gravedad cuando la predicación, las publicaciones religiosas y las conversaciones entre creyentes comienzan a girar alrededor de conceptos como autoestima, éxito, prosperidad, tranquilidad emocional y realización personal, mientras asuntos fundamentales como el arrepentimiento, la santidad, la obediencia, la fidelidad doctrinal y la esperanza eterna reciben una atención cada vez más limitada.

De esta manera, aunque se conserva el nombre de Cristo, el centro de interés se desplaza progresivamente hacia el hombre, y la religión termina pareciéndose a un programa de desarrollo personal adornado con expresiones bíblicas.

Cuando la felicidad personal se convierte en el propósito principal de la vida

Una de las características más notables de la mentalidad contemporánea consiste en considerar que el bienestar emocional debe ocupar un lugar determinante en nuestras decisiones. Se recomienda elegir aquello que nos haga sentir bien, alejarnos de cuanto perturbe nuestra tranquilidad y organizar nuestra existencia alrededor de circunstancias que favorezcan nuestra satisfacción personal. Aunque estas recomendaciones pueden contener elementos razonables cuando se aplican con prudencia, se vuelven espiritualmente peligrosas cuando se convierten en el criterio supremo para determinar lo que debemos hacer.

Jesucristo estableció una orientación profundamente diferente cuando declaró, según Mateo 6:33, diciendo, «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas».

El contexto de estas palabras resulta especialmente importante, porque Jesús estaba hablando acerca de las preocupaciones humanas relacionadas con el alimento, la bebida y

el vestido, es decir, necesidades legítimas que forman parte de nuestra existencia. El Señor reconocía la realidad de tales necesidades y enseñaba que el Padre celestial las conocía, pero exigía a sus discípulos establecer una prioridad que gobernara su manera de vivir.

El adverbio «primeramente», que traduce el griego *πρῶτον* (*prōton*), señala la precedencia que debe concederse al reino de Dios y a su justicia. La enseñanza, por consiguiente, establece un orden de prioridades que debe gobernar la vida del discípulo, aun cuando sus necesidades materiales y sus preocupaciones personales sean perfectamente comprensibles.

Esta declaración tiene consecuencias particularmente importantes para nuestro tema, porque, si incluso las necesidades físicas indispensables deben quedar subordinadas a la búsqueda del reino de Dios, con mayor razón deben ocupar un lugar subordinado nuestros deseos de satisfacción emocional, realización personal y reconocimiento social.

Sin embargo, resulta preocupante observar cómo algunos cristianos dedican considerable tiempo a aprender métodos para desarrollar una mentalidad positiva, pero muestran escaso interés en estudiar las Escrituras; investigan procedimientos para mejorar su productividad cotidiana, pero descuidan sus responsabilidades espirituales; buscan consejos para fortalecer sus relaciones personales, pero mantienen conflictos que rehúsan resolver conforme a la enseñanza de Cristo; y se esfuerzan por proteger su tranquilidad emocional, aunque para conservarla deban ignorar exhortaciones bíblicas que podrían incomodar su conciencia.

No resulta difícil comprender por qué semejante mentalidad encuentra tantos seguidores, puesto que ofrece la posibilidad de experimentar satisfacción personal sin necesariamente exigir una transformación moral conforme a la voluntad divina. Una persona puede sentirse mejor después de escuchar una conferencia motivacional, adoptar una disposición más optimista y regresar a sus actividades con renovado entusiasmo, aunque continúe practicando los mismos pecados que debería abandonar.

El bienestar emocional, considerado aisladamente, carece de la capacidad para determinar nuestra verdadera condición espiritual, porque las emociones humanas pueden acompañar tanto a una conducta justa como a una conducta equivocada. Una conciencia mal instruida puede experimentar tranquilidad mientras permanece en el error, del mismo modo que una conciencia sensible puede experimentar aflicción precisamente porque reconoce la gravedad de sus transgresiones.

Por eso, la pregunta verdaderamente importante para un cristiano no debería limitarse a si determinada práctica lo hace sentirse mejor, sino que debe extenderse hasta considerar

si su conducta agrada al Señor, si sus decisiones corresponden a las Escrituras y si sus aspiraciones personales permanecen sometidas a la autoridad de Jesucristo.

La gratitud cristiana y su diferencia con la gratitud utilizada como instrumento de bienestar

Entre las prácticas contemporáneas de desarrollo personal se encuentra el ejercicio de la gratitud, frecuentemente presentado como una técnica destinada a mejorar el estado de ánimo, reducir la insatisfacción y favorecer una percepción más positiva de la existencia. Se recomienda escribir diariamente algunas cosas por las cuales sentirse agradecido, recordar experiencias satisfactorias y orientar deliberadamente la atención hacia los acontecimientos favorables.

El cristiano puede reconocer que tales ejercicios poseen cierta utilidad, pero debe comprender que la gratitud enseñada en las Escrituras tiene un fundamento y una orientación que sobrepasan considerablemente el propósito de experimentar emociones agradables.

En 1 Tesalonicenses 5:18, el apóstol Pablo escribió, «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús».

La expresión «dad gracias» corresponde al verbo griego εὐχαριστεῖτε (eucharisteite), que aparece en imperativo presente y comunica una exhortación a practicar la acción de gracias como parte habitual de la vida cristiana. Por su parte, la expresión «en todo», ἐν παντί (en panti), sitúa esta disposición dentro de las diversas circunstancias que el creyente debe enfrentar.

Resulta significativo que Pablo no fundamente este mandamiento en los beneficios psicológicos que eventualmente pueda experimentar quien practica la gratitud, puesto que la razón expresamente presentada por el texto es que semejante conducta corresponde a la voluntad de Dios para sus hijos en Cristo Jesús.

Esta diferencia merece nuestra atención, porque una persona puede acostumbrarse a agradecer principalmente porque desea sentirse más tranquila, mientras otra puede practicar la gratitud porque reconoce la bondad de Dios y desea obedecerlo, incluso cuando sus circunstancias personales no favorecen una sensación inmediata de bienestar.

La primera disposición puede ser psicológicamente útil, mientras que la segunda expresa una relación moral y espiritual de reconocimiento, dependencia y obediencia hacia el Señor.

Recordemos también lo que escribió Pablo en Efesios 5:20. El texto dice, «Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo».

La gratitud cristiana tiene un destinatario claramente identificado, porque el creyente reconoce que su existencia, sus oportunidades, sus recursos y las bendiciones que recibe deben conducirlo a honrar al Dios que le ha dado la vida. Además, semejante reconocimiento debería producir una respuesta práctica de obediencia, puesto que sería profundamente contradictorio agradecer continuamente las bendiciones divinas mientras se desprecia la autoridad de aquel de quien proceden.

Consideremos, por ejemplo, a un cristiano que publica diariamente mensajes acerca de cuán agradecido se siente por su familia, su trabajo, su salud y sus oportunidades, mientras descuida deliberadamente la enseñanza de la palabra, mantiene conductas contrarias a las Escrituras o demuestra indiferencia hacia sus obligaciones como discípulo de Cristo. Aunque sus expresiones de gratitud pudieran ser sinceras respecto de los beneficios recibidos, no por ello constituirían una demostración suficiente de fidelidad espiritual.

La gratitud puede encontrarse en una persona que todavía rehúsa someterse a Dios, porque reconocer un beneficio no equivale necesariamente a obedecer a quien lo concede.

Esta distinción aparece de manera conmovedora en Lucas 17:11-19, cuando Jesús sanó a diez leprosos y solamente uno regresó para glorificar a Dios y agradecer lo recibido. El Señor preguntó por los otros nueve, haciendo evidente que recibir una bendición y responder debidamente ante ella son cuestiones diferentes.

De manera semejante, nosotros deberíamos examinar si nuestras expresiones de gratitud constituyen parte de una vida verdaderamente sometida al Señor, o si simplemente hemos aprendido a reconocer los acontecimientos agradables porque semejante práctica contribuye a conservar un estado emocional favorable.

La gratitud bíblica jamás debería convertirse en una excusa para sustituir la obediencia, porque honrar a Dios mediante nuestras palabras mientras lo desobedecemos mediante nuestras acciones representa una contradicción que ningún sentimiento de satisfacción personal puede resolver.

El peligro de reemplazar la confianza en Dios por la confianza en nuestras capacidades

Otra recomendación frecuente dentro de la literatura motivacional consiste en sustituir la expresión «no puedo» por la pregunta «¿cómo puedo hacerlo?», bajo la premisa de que semejante modificación favorece la creatividad, estimula la perseverancia y permite identificar alternativas que anteriormente no habíamos considerado.

Como recurso práctico, esta recomendación puede resultar razonable en determinadas circunstancias. Frente a una dificultad laboral, un problema académico o una responsabilidad cotidiana, conviene examinar las posibilidades disponibles antes de concluir precipitadamente que determinada tarea resulta imposible. La Escritura misma elogia la diligencia, la prudencia y el esfuerzo responsable, como podemos observar en diversos pasajes del libro de Proverbios.

Sin embargo, esta recomendación puede transformarse en una expresión de autosuficiencia cuando se convierte en la convicción de que el ser humano posee dentro de sí los recursos necesarios para alcanzar cualquier propósito que decida perseguir.

La enseñanza de Jesucristo establece límites claros a semejante pretensión. En Juan 15:5, el Señor declaró a sus discípulos, diciendo, «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer».

Debemos respetar cuidadosamente el contexto de esta declaración, porque Jesús se refiere a la relación espiritual de sus discípulos con él y a la necesidad de permanecer unidos a su persona para producir el fruto que corresponde a esa relación. Por consiguiente, sería incorrecto utilizar estas palabras para negar que los seres humanos puedan realizar actividades ordinarias mediante sus capacidades naturales, aunque también sería un error ignorar la dependencia de Cristo que el pasaje establece respecto de la vida espiritual de sus seguidores.

El cristiano debe reconocer que su capacidad para desarrollar determinadas tareas no constituye una garantía de que sus decisiones sean correctas, ni mucho menos de que sus proyectos personales correspondan a la voluntad de Dios.

Precisamente por eso, Santiago 4:13-16 contiene una advertencia especialmente pertinente para quienes han convertido la planificación personal y la confianza en sus capacidades en el fundamento de todas sus aspiraciones.

El escritor sagrado presenta a ciertas personas que proyectaban viajar a una ciudad, permanecer allí durante un año, negociar y obtener ganancias. Aunque la actividad comercial no era condenada por sí misma, Santiago cuestionó la actitud de quienes hablaban del futuro como si estuviera enteramente bajo su dominio, sin reconocer la incertidumbre de la existencia humana ni su dependencia de la voluntad divina.

Por eso escribió en Santiago 4:15, «En lugar de lo cual deberíais decir, si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello».

La expresión «si el Señor quiere» representa mucho más que una fórmula religiosa que podamos añadir mecánicamente a nuestros proyectos, porque comunica el reconocimiento de que nuestra vida y nuestras actividades se encuentran sujetas a una voluntad superior.

Debemos tener presente la diferencia fundamental entre la confianza cristiana y la autosuficiencia promovida por ciertas corrientes motivacionales. La persona dominada por una mentalidad de autosuficiencia puede preguntarse continuamente cómo alcanzar sus objetivos, mientras el discípulo de Jesucristo debe examinar también si tales objetivos corresponden a la voluntad de Dios.

Porque de nada serviría descubrir métodos extraordinariamente eficaces para realizar un proyecto que jamás deberíamos haber emprendido.

Podemos aprender a superar obstáculos y terminar avanzando con mayor eficacia hacia el pecado. Podemos desarrollar disciplina para alcanzar metas que nos alejan de nuestras responsabilidades espirituales, y también podemos adquirir una extraordinaria capacidad de organización mientras concedemos a los asuntos eternos los espacios que ocasionalmente sobran en nuestra agenda.

La eficiencia, por sí misma, carece de valor moral suficiente para determinar la justicia de nuestros propósitos, puesto que una persona puede ser extremadamente eficiente tanto para realizar el bien como para llevar a cabo aquello que Dios condena.

De ahí que el creyente deba aprender a formular una pregunta que preceda a todas sus estrategias de superación personal. Antes de investigar cómo conseguir aquello que desea, debe examinar si realmente debería desearlo, porque la voluntad divina tiene autoridad para corregir nuestros objetivos y para prohibir determinados caminos, aunque poseamos la capacidad y los recursos necesarios para transitarlos.

La renovación de la mente según las Escrituras

Algunos cristianos procuran justificar indiscriminadamente los discursos contemporáneos sobre el pensamiento positivo apelando a pasajes bíblicos relacionados con la renovación de la mente, especialmente Romanos 12:2 y Filipenses 4:8. Sin embargo, semejante procedimiento puede conducirnos a interpretaciones equivocadas cuando se ignora el contexto doctrinal en el que aparecen estas enseñanzas.

El apóstol Pablo escribió en Romanos 12:2, «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

La exhortación comienza con una prohibición que resulta especialmente significativa para nuestra reflexión, puesto que el cristiano recibe el mandamiento de no conformarse a este siglo. La expresión griega *μὴ συσχηματίζεσθε* (*mē syschēmatizesthe*) comunica la prohibición de adoptar el patrón o la configuración de la época presente, mientras que el verbo *μεταμορφοῦσθε* (*metamorphousthe*) señala la transformación que debe caracterizar al creyente.

Es importante observar que Pablo relaciona esa transformación con la renovación del entendimiento, utilizando el sustantivo *ἀνακάλυψις* (*anakainōsis*), cuyo sentido corresponde a renovación. Sin embargo, el propósito de semejante transformación queda expresamente establecido al final del versículo, donde el apóstol enseña que mediante ella debemos discernir cuál sea la voluntad de Dios.

Por tanto, la renovación bíblica de la mente debe conducirnos a discernir y practicar lo que agrada a Dios, mientras que una renovación meramente motivacional podría limitarse a desarrollar pensamientos más favorables acerca de nosotros mismos y de nuestras posibilidades personales.

El contraste resulta todavía más importante cuando recordamos que Pablo comenzó su exhortación prohibiendo la conformidad con el mundo presente. Si los criterios predominantes de nuestra época colocan la satisfacción personal en el centro de todas las aspiraciones, el cristiano debería examinarlos cuidadosamente en lugar de adoptarlos de manera irreflexiva.

Algo semejante ocurre con Filipenses 4:8, donde Pablo exhorta a los hermanos a pensar en todo aquello que es verdadero, honesto, justo, puro, amable y de buen nombre, así como en aquello que posee virtud y merece alabanza.

No podemos reducir esta enseñanza a la recomendación de conservar pensamientos agradables, porque el apóstol incluye criterios expresamente morales que permiten evaluar el contenido de nuestra vida interior. La verdad, la justicia y la pureza tienen una importancia fundamental dentro de su exhortación, de modo que un pensamiento no puede considerarse espiritualmente apropiado simplemente porque produzca entusiasmo o fortalezca nuestra autoestima.

Un cristiano podría sentirse extraordinariamente motivado al imaginar las ventajas de una relación sentimental prohibida por las Escrituras, o podría experimentar satisfacción al planificar la obtención de riquezas mediante procedimientos injustos, pero tales pensamientos seguirían siendo incompatibles con las cualidades que Pablo exige.

Además, el versículo siguiente contiene una instrucción que frecuentemente recibe menos atención que la exhortación acerca del pensamiento. En Filipenses 4:9, Pablo escribió,

«Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros».

La relación entre ambos versículos demuestra que el pensamiento cristiano debe desembocar en una conducta correspondiente a las enseñanzas apostólicas, porque el apóstol no presenta la actividad mental como un fin independiente de nuestras obligaciones morales.

La verdadera renovación de la mente, por consiguiente, produce consecuencias prácticas que pueden observarse en nuestra manera de hablar, decidir, servir, relacionarnos con los demás y responder a los mandamientos del Señor. Si la renovación mental que estamos buscando, o que suponemos haber logrado, no resulta en esas consecuencias prácticas, entonces nuestra mente no está renovada conforme a la voluntad de Dios.

No basta con desarrollar pensamientos agradables acerca de la vida cuando nuestros actos permanecen dominados por la desobediencia, porque la Escritura exige que nuestra manera de pensar se encuentre gobernada por la verdad y produzca una conducta que corresponda a ella.

El cristianismo no promete una vida permanentemente cómoda

Una de las debilidades más importantes de cierta espiritualidad contemporánea consiste en presentar el bienestar emocional como si fuera una condición que el cristiano pudiera conservar permanentemente mediante determinadas técnicas de pensamiento.

Cuando se adopta semejante perspectiva, las experiencias dolorosas pueden comenzar a interpretarse como señales de una mentalidad deficiente, mientras las emociones desagradables se consideran obstáculos que deben eliminarse cuanto antes para recuperar la tranquilidad personal.

Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta una comprensión de la existencia cristiana mucho más profunda, porque reconoce que la fidelidad a Dios puede estar acompañada por sufrimientos, aflicciones, conflictos y circunstancias que producen verdadero dolor.

Jesucristo enseñó en Lucas 9:23, «Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame».

La invitación del Señor resulta especialmente significativa cuando se compara con la mentalidad contemporánea que coloca la satisfacción personal como principio rector de la existencia. Mientras el discurso de la autosuperación suele concentrarse en el

fortalecimiento de nuestras aspiraciones individuales, Jesús exige la disposición de negar aquello que se oponga a su voluntad y asumir las consecuencias de seguirlo.

La negación de uno mismo no significa despreciar irresponsablemente nuestra existencia ni abandonar el cuidado legítimo de nuestra salud física o emocional, puesto que semejantes conclusiones excederían el sentido del pasaje. Su significado se relaciona con la renuncia al gobierno autónomo de nuestra vida cuando nuestros deseos, intereses y proyectos entran en conflicto con las exigencias del discipulado.

La referencia a tomar la cruz tampoco debe convertirse en una metáfora superficial de las dificultades ordinarias, porque, en el contexto histórico de la dominación romana, la crucifixión representaba una forma particularmente humillante y terrible de ejecución. Los oyentes de Jesús podían comprender que semejante expresión comunicaba una exigencia radical de entrega y disposición para sufrir por seguirlo.

Por eso, no deberíamos sorprendernos cuando la obediencia a Cristo exige decisiones que afectan nuestra comodidad, nuestras relaciones personales o nuestras oportunidades materiales.

En Hechos 14:22, Pablo y Bernabé exhortaban a los discípulos a permanecer en la fe, recordándoles que era necesario atravesar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios. Asimismo, en 2 Timoteo 3:12, Pablo advirtió que quienes quisieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerían persecución.

Estas afirmaciones resultan difíciles de armonizar con aquellos discursos que presentan la vida cristiana como un procedimiento destinado principalmente a conseguir tranquilidad emocional y experiencias satisfactorias.

Incluso encontramos en las Escrituras una afirmación que debería hacernos reflexionar profundamente acerca de nuestra tendencia a evitar cualquier emoción desagradable. En 2 Corintios 7:10, Pablo escribió que la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, mientras que la tristeza del mundo produce muerte.

El contexto demuestra que existe una tristeza relacionada con el reconocimiento del pecado y con la corrección de nuestra conducta, cuya importancia espiritual jamás podría determinarse exclusivamente mediante el criterio del bienestar emocional inmediato.

Consideremos las consecuencias de esta enseñanza. Si un cristiano experimenta tristeza porque reconoce que ha desobedecido al Señor, semejante aflicción puede conducirlo al arrepentimiento y a la restauración de su conducta. Pero si ha aprendido a considerar cualquier pensamiento desagradable como algo que debe eliminar mediante afirmaciones

positivas, podría intentar silenciar precisamente aquella conciencia que necesita examinar a la luz de las Escrituras.

Conviene, por supuesto, distinguir esta tristeza moral de los trastornos emocionales o psicológicos que pueden requerir atención profesional, porque sería irresponsable interpretar toda aflicción mental como consecuencia del pecado o como evidencia de una deficiencia espiritual.

Con todo, la enseñanza apostólica permanece clara. Existen circunstancias en las que experimentar tristeza puede formar parte de una respuesta moral apropiada, especialmente cuando reconocemos nuestras transgresiones y comprendemos la necesidad de abandonarlas.

Por eso, un cristianismo que pretende conservar permanentemente la comodidad emocional de sus seguidores corre el peligro de privarlos de exhortaciones indispensables para su crecimiento espiritual.

La satisfacción interior no demuestra que estamos bien delante de Dios

Probablemente uno de los errores más peligrosos que pueden surgir de una espiritualidad centrada en el bienestar consiste en suponer que la tranquilidad interior constituye evidencia suficiente de una relación correcta con Dios.

Esta confusión aparece cuando una persona utiliza sus sentimientos como criterio para evaluar su condición espiritual, de modo que, mientras experimente paz, satisfacción y entusiasmo, considera que su vida marcha correctamente.

Sin embargo, semejante razonamiento carece de fundamento bíblico, porque la satisfacción subjetiva no constituye una prueba concluyente de rectitud moral.

En Proverbios 14:12 encontramos una advertencia cuya importancia difícilmente podría exagerarse. El texto dice, «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte».

La expresión «le parece derecho» reconoce precisamente la posibilidad de que exista una diferencia entre nuestra evaluación subjetiva y la verdadera condición moral del camino que hemos elegido. Podemos considerar acertada determinada decisión, experimentar seguridad respecto de ella y avanzar con entusiasmo, mientras ignoramos sus consecuencias espirituales.

También Jeremías 17:9 contiene una advertencia acerca de la condición engañosa del corazón humano, y aunque debemos interpretar estas palabras dentro del contexto profético correspondiente, su enseñanza contribuye a recordar que nuestros deseos y valoraciones interiores no deben convertirse en una autoridad independiente de la revelación divina.

Una persona puede sentirse satisfecha mientras practica el pecado, precisamente porque ha conseguido acostumbrarse a él. También puede conservar tranquilidad emocional mientras participa en prácticas religiosas que no corresponden a la enseñanza apostólica, porque la sinceridad de sus convicciones no garantiza necesariamente la verdad de su contenido.

Por eso, Jesucristo declaró en Mateo 7:21, «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Estas palabras establecen un criterio extraordinariamente importante para evaluar nuestra condición espiritual. La declaración verbal de reconocimiento hacia Jesucristo debe encontrarse acompañada por una conducta que corresponda a la voluntad del Padre.

El contexto adquiere todavía mayor gravedad cuando observamos que, en Mateo 7:22-23, Jesús se refiere a personas que apelarán a determinadas actividades religiosas realizadas en su nombre, aunque finalmente recibirán una sentencia de desaprobación.

La enseñanza resulta particularmente pertinente porque demuestra que ni siquiera la participación en actividades aparentemente religiosas constituye una garantía automática de aprobación divina cuando falta la obediencia que el Señor exige.

Si semejante advertencia corresponde a personas que invocan el nombre de Cristo y apelan a sus actividades religiosas, ¿cuánto más deberíamos examinar nuestras vidas cuando nuestros motivos principales de satisfacción se encuentran relacionados con la productividad, la autoestima, las oportunidades económicas o el equilibrio emocional?

No debemos cometer el error de interpretar nuestros éxitos personales como una evidencia infalible de aprobación divina, puesto que las Escrituras jamás establecen semejante equivalencia.

Un individuo puede prosperar económicamente mientras permanece espiritualmente perdido, de la misma manera que un discípulo fiel puede atravesar dificultades materiales sin que ello signifique que Dios lo haya abandonado.

La parábola del rico insensato, presentada en Lucas 12:16-21, ofrece una ilustración particularmente conmovedora de esta verdad. Aquel hombre había experimentado una abundancia considerable en sus cosechas y proyectaba ampliar sus instalaciones para

conservar sus bienes, mientras imaginaba una existencia futura caracterizada por la tranquilidad, el descanso y la satisfacción.

Desde una perspectiva exclusivamente económica, podría parecer un ejemplo admirable de planificación, productividad y éxito. Había identificado una oportunidad, administrado sus expectativas y elaborado una estrategia para disfrutar los frutos de su prosperidad.

Sin embargo, Dios lo llamó necio, porque aquel hombre había organizado su futuro sin considerar adecuadamente la fragilidad de su existencia ni la necesidad de ser rico para con Dios.

La tragedia de aquel personaje consiste precisamente en que había conseguido aquello que muchas personas consideran indispensable para alcanzar una vida satisfactoria, mientras permanecía espiritualmente empobrecido ante el Señor.

Su problema, por consiguiente, no puede atribuirse a una mentalidad negativa ni a la falta de ambiciones, porque sus pensamientos estaban orientados hacia un futuro que imaginaba agradable y seguro. Su verdadera tragedia consistía en haber confundido la abundancia de sus bienes con la plenitud de su existencia.

Y esa misma confusión puede encontrarse hoy entre quienes se enorgullecen de haber construido una vida emocionalmente satisfactoria, mientras descuidan las responsabilidades que Dios les ha impuesto. Esto representa una verdadera tragedia para quienes mantienen dichos estándares de felicidad y éxito, y al mismo tiempo se saben totalmente derrotados y miserables delante del Señor. No obstante, lo mejor es valorar la oportunidad que el Señor nos brinda al tener este entendimiento que no muchos comprenden.

Cuando encontramos tiempo para mejorar nuestra vida, pero no para obedecer a Dios

Resulta especialmente doloroso observar que algunas personas manifiestan una extraordinaria disciplina para alcanzar determinados objetivos personales, pero encuentran dificultades constantes cuando se trata de cumplir sus responsabilidades espirituales.

Dedican tiempo a escuchar conferencias motivacionales, investigar procedimientos para mejorar su productividad, desarrollar rutinas de ejercicio físico, organizar proyectos económicos y aprender métodos destinados a fortalecer su bienestar emocional, mientras consideran excesivo dedicar tiempo al estudio serio de las Escrituras o a las actividades que corresponden a su responsabilidad como cristianos.

Conviene insistir en que el problema no se encuentra en el ejercicio físico, la formación profesional, el descanso, el cuidado de la salud ni el esfuerzo legítimo por mejorar nuestras condiciones de vida. Todas estas actividades pueden ocupar un lugar razonable dentro de nuestra existencia y algunas forman parte de nuestras responsabilidades ordinarias.

La contradicción aparece cuando tales actividades reciben una atención que sistemáticamente se niega a nuestras obligaciones espirituales.

El apóstol Pablo escribió en 1 Timoteo 4:8, «Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera».

La expresión traducida como «para poco es provechoso» no exige concluir que el ejercicio físico carece de utilidad, porque el argumento establece una comparación entre el provecho limitado de una actividad y el alcance superior de la piedad.

El término griego εὐσέβεια (eusebeia), traducido como «piedad», se relaciona con la devoción reverente que corresponde a una vida orientada hacia Dios. En el contexto de las cartas a Timoteo y Tito, semejante disposición incluye consecuencias doctrinales y prácticas que se manifiestan en la conducta de quienes profesan servir al Señor.

La enseñanza de Pablo resulta especialmente necesaria para nuestra generación, porque nos recuerda que el valor de nuestras actividades debe evaluarse considerando tanto su utilidad presente como su relación con nuestra esperanza eterna.

Sería profundamente lamentable que una persona dedicara años enteros a conservar su salud corporal, fortalecer sus capacidades intelectuales y alcanzar estabilidad económica, mientras descuida la formación espiritual que debería orientar todas esas actividades.

Podemos imaginar a un cristiano que se levanta antes del amanecer para cumplir rigurosamente una rutina de ejercicio, que organiza cuidadosamente su alimentación y que establece objetivos precisos para mejorar su rendimiento profesional, pero que no encuentra tiempo para examinar la palabra de Dios y que abandona con facilidad sus responsabilidades espirituales cuando aparecen otros intereses.

Aunque semejante conducta puede producir resultados físicamente saludables y económicamente favorables, también puede revelar una desproporción grave en el orden de sus prioridades.

El Señor Jesucristo dijo en Marcos 8:36, «Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?».

La pregunta adquiere una fuerza extraordinaria porque confronta al ser humano con la posibilidad de alcanzar una prosperidad inmensa y, sin embargo, sufrir una pérdida incomparablemente mayor.

Si ganar todo el mundo resultaría insuficiente para compensar la pérdida del alma, deberíamos comprender que tampoco podrán compensarla nuestros logros profesionales, nuestra tranquilidad emocional, nuestras relaciones sociales o nuestra satisfacción personal.

Esta enseñanza merece ser escuchada especialmente por quienes han comenzado a medir el progreso de sus vidas mediante indicadores que las Escrituras jamás establecieron como criterios definitivos de fidelidad.

Porque podemos mejorar muchas cosas en nuestra existencia mientras empeora precisamente aquello que posee mayor importancia ante Dios.

El ejemplo de Pablo y la verdadera naturaleza del contentamiento cristiano

Una de las diferencias más significativas entre el pensamiento motivacional contemporáneo y la enseñanza apostólica puede observarse al examinar la experiencia de Pablo, particularmente en Filipenses 4:11-13.

El apóstol escribió que había aprendido a contentarse cualquiera que fuera su situación, explicando que sabía vivir humildemente y tener abundancia, estar saciado y padecer hambre, experimentar prosperidad y enfrentar necesidad.

Finalmente declaró en Filipenses 4:13, «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Desafortunadamente, estas palabras suelen utilizarse como si constituyeran una garantía de que el creyente puede alcanzar cualquier objetivo que se proponga mediante una actitud suficientemente confiada. De esta manera, un pasaje relacionado con el contentamiento espiritual termina convertido en una consigna de autosuperación, frecuentemente separada de las circunstancias históricas y literarias que explican su significado.

Sin embargo, Pablo no estaba afirmando que Cristo garantizaría el cumplimiento de todas sus aspiraciones personales. La enseñanza se relaciona con su capacidad para enfrentar diversas circunstancias, incluidas aquellas caracterizadas por la escasez, la privación y las dificultades.

El fortalecimiento recibido de Cristo permitía al apóstol permanecer fiel en medio de situaciones que no necesariamente correspondían a sus preferencias personales.

Esta observación resulta fundamental porque demuestra que el contentamiento cristiano puede subsistir aun cuando nuestras circunstancias exteriores no mejoren.

La literatura motivacional suele concentrarse en modificar nuestras circunstancias para alcanzar una vida más satisfactoria, mientras Pablo reconoce una fortaleza espiritual que le permite enfrentar tanto la abundancia como la necesidad sin abandonar su fidelidad.

Además, el apóstol manifestó una comprensión particularmente profunda de su dependencia de Dios cuando relató en 2 Corintios 12:7-10 su experiencia con el aguijón en la carne, cuya naturaleza exacta no podemos determinar con certeza a partir del texto.

Pablo rogó tres veces al Señor que aquella aflicción fuera apartada, pero recibió una respuesta que transformó su comprensión de la situación. El Señor le dijo, «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Observemos cuidadosamente las consecuencias de este acontecimiento. Pablo experimentaba una dificultad real y deseaba sinceramente que fuera removida, pero el Señor no respondió concediéndole exactamente aquello que había solicitado.

El apóstol tuvo que aprender a reconocer la suficiencia de la gracia divina en medio de una condición que continuaba representando una debilidad para él.

¡Qué distinta es esta experiencia de aquellas enseñanzas que prometen una vida cada vez más satisfactoria mediante el fortalecimiento permanente de nuestra confianza personal!

Pablo encontró motivos para gloriarse en sus debilidades porque había comprendido que la fidelidad al Señor y la manifestación de su poder poseían una importancia superior a su comodidad individual.

Por eso, la vida cristiana debe enseñarnos a confiar en Dios incluso cuando nuestros proyectos fracasan, nuestras expectativas no se cumplen y las circunstancias personales resultan considerablemente más difíciles de lo que habíamos imaginado.

La fe verdadera debe permanecer cuando desaparecen las condiciones favorables que ordinariamente alimentan nuestro entusiasmo, porque su fundamento descansa en la fidelidad del Señor y en la verdad de sus promesas.

El peligro de transformar la predicación en un discurso de autosuperación

La influencia de la mentalidad positiva adquiere consecuencias especialmente graves cuando penetra en la enseñanza religiosa y modifica el contenido de la predicación cristiana.

Esto sucede cuando el mensaje dirigido a los creyentes comienza a concentrarse predominantemente en la necesidad de fortalecer su confianza personal, superar sus temores, desarrollar hábitos de éxito, mejorar sus relaciones sociales y alcanzar una existencia emocionalmente equilibrada, mientras se reducen considerablemente las exhortaciones relacionadas con el pecado, el arrepentimiento, la santidad y la obediencia al evangelio.

Desde luego, las Escrituras contienen enseñanzas que pueden producir esperanza, consuelo, perseverancia y confianza. El evangelio mismo anuncia extraordinarias bendiciones para quienes responden obedientemente al Señor. Sin embargo, estas bendiciones deben comprenderse dentro del propósito redentor de Dios y jamás deberían utilizarse para transformar el cristianismo en una filosofía de bienestar personal.

Cuando Pablo escribió a Timoteo acerca de sus responsabilidades como evangelista, le ordenó en 2 Timoteo 4:2, «Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina».

Las actividades mencionadas por el apóstol demuestran que la predicación fiel incluye responsabilidades que frecuentemente pueden resultar desagradables para quienes las reciben. Redargüir implica confrontar determinados errores, reprender exige señalar conductas indebidas y exhortar supone llamar a los oyentes a responder adecuadamente a la enseñanza divina.

Por consiguiente, un predicador que procura evitar sistemáticamente cualquier enseñanza capaz de incomodar a sus oyentes corre el peligro de abandonar precisamente algunas de las responsabilidades que le han sido encomendadas.

La proclamación de la palabra debe estar acompañada de paciencia y doctrina, porque su propósito es conducir a las personas hacia la verdad y la obediencia, aun cuando semejante proceso requiera confrontar convicciones equivocadas o prácticas pecaminosas.

También debemos recordar que Pablo advirtió, en 2 Timoteo 4:3-4, acerca de quienes buscarían maestros conforme a sus propias concupiscencias, apartando el oído de la verdad.

Esta advertencia merece particular atención cuando observamos la facilidad con la que ciertos discursos religiosos alcanzan popularidad precisamente porque ofrecen bienestar emocional sin exigir una respuesta profunda de arrepentimiento y obediencia.

Una predicación que únicamente procura producir entusiasmo puede resultar agradable, pero su capacidad para provocar emociones positivas no demuestra que haya comunicado fielmente la voluntad de Dios.

El evangelio contiene promesas que consuelan, mandamientos que obligan, advertencias que despiertan nuestra conciencia y verdades que confrontan nuestras aspiraciones personales. Por ello, reducir su enseñanza a mensajes que procuran hacernos sentir mejor constituye una disminución grave de su contenido.

Necesitamos predicadores que anuncien las bendiciones de Dios con gratitud y esperanza, pero que también estén dispuestos a explicar con claridad aquello que el Señor condena, las responsabilidades que impone y las consecuencias de despreciar su palabra.

Porque una congregación puede acostumbrarse a escuchar mensajes extraordinariamente agradables mientras pierde progresivamente su capacidad para reconocer los errores doctrinales y morales que amenazan su fidelidad.

La necesidad de examinar nuestras prioridades antes de que sea demasiado tarde

Después de considerar estas enseñanzas, deberíamos examinar seriamente la orientación que hemos dado a nuestra propia existencia.

Podría suceder que llevemos mucho tiempo preocupados por mejorar nuestros pensamientos, pero que hayamos descuidado la corrección de nuestra conducta. Tal vez hemos aprendido a organizar cuidadosamente nuestros proyectos personales, mientras nuestras responsabilidades espirituales permanecen sujetas a la improvisación. Quizá dedicamos considerables esfuerzos a mantener una actitud positiva frente a las dificultades, pero evitamos examinar aquellas enseñanzas bíblicas que podrían obligarnos a reconocer nuestros errores.

También es posible que nuestras conversaciones revelen una transformación gradual de nuestros intereses, porque hablamos con entusiasmo acerca de procedimientos para alcanzar el éxito, mejorar nuestros hábitos, conservar nuestra salud o disfrutar una vida emocionalmente satisfactoria, mientras rara vez conversamos acerca de la doctrina de Cristo, la santidad, la evangelización, la fidelidad de las iglesias o nuestra esperanza eterna.

Esto debería preocuparnos, porque aquello que ocupa constantemente nuestros pensamientos y conversaciones suele revelar mucho acerca de las prioridades que gobiernan nuestra existencia.

El apóstol Pablo escribió en Colosenses 3:1-2 que quienes han resucitado con Cristo deben buscar las cosas de arriba y poner la mira en ellas. Esta exhortación aparece dentro de una sección que exige abandonar conductas pecaminosas y desarrollar una vida

correspondiente a nuestra relación con el Señor, de modo que la orientación celestial del pensamiento debe manifestarse en decisiones concretas.

Por eso, convendría que cada uno de nosotros examinara cuánto tiempo dedica a cultivar sus capacidades personales y cuánto a crecer en el conocimiento de la palabra divina, cuánto esfuerzo invierte en alcanzar sus propios objetivos y cuánto en cumplir las responsabilidades que Jesucristo le ha impuesto.

También deberíamos considerar si nuestras decisiones cotidianas manifiestan una verdadera disposición de sometimiento a Dios, especialmente cuando sus mandamientos entran en conflicto con nuestros deseos personales.

¿De qué sirve aprender a controlar nuestras emociones si continuamos permitiendo que el orgullo gobierne nuestras decisiones? ¿Qué beneficio espiritual podemos obtener de una mentalidad positiva cuando nos negamos a reconocer nuestros pecados? ¿Cómo podríamos considerar admirable nuestra capacidad para superar obstáculos mientras rehusamos abandonar aquellas prácticas que las Escrituras condenan?

Y, sobre todo, ¿qué sentido tendría dedicar nuestra existencia a construir una vida cada vez más satisfactoria, si al final descubrimos que hemos vivido principalmente para nosotros mismos?

El Señor Jesucristo relató en Lucas 10:38-42 el acontecimiento ocurrido en casa de Marta y María. Mientras Marta se encontraba preocupada por muchas actividades relacionadas con la atención de sus visitantes, María permanecía escuchando las enseñanzas de Jesús.

Debemos reconocer que Marta estaba ocupada en una actividad legítima, vinculada con la hospitalidad, y que el Señor no estaba condenando indiscriminadamente el cumplimiento de las responsabilidades domésticas. Sin embargo, su respuesta reveló que existía una cuestión de mayor importancia que Marta estaba descuidando en aquel momento.

Jesús le dijo que se encontraba afanada y turbada con muchas cosas, mientras María había escogido la buena parte.

Esta escena contiene una enseñanza que deberíamos recordar constantemente, porque demuestra que podemos estar ocupados en actividades legítimas y, sin embargo, descuidar aquello que posee mayor importancia espiritual.

Cuánto más grave sería nuestra situación si aquello que ocupa el centro de nuestras preocupaciones se relaciona principalmente con alcanzar satisfacción personal, mientras la enseñanza del Señor permanece relegada a los momentos ocasionales que nuestras actividades permiten.

La vida se consume silenciosamente entre responsabilidades, aspiraciones, proyectos y preocupaciones. Los años avanzan, nuestras fuerzas disminuyen y muchas de las cosas que hoy consideramos indispensables terminarán perdiendo su importancia. En algún momento, nuestras posibilidades de corregir el rumbo habrán llegado a su fin, y entonces deberemos comparecer ante aquel cuya voluntad debimos haber buscado por encima de todas nuestras aspiraciones.

Por eso, no deberíamos permitir que las preocupaciones legítimas por nuestra salud, nuestras emociones o nuestras condiciones materiales nos distraigan de aquello que determinará nuestra condición eterna.

Conclusión

La sociedad contemporánea nos ofrece innumerables procedimientos para mejorar nuestra calidad de vida, y algunos de ellos pueden producir beneficios reales cuando se utilizan prudentemente. Podemos aprender a desarrollar pensamientos más razonables, expresar gratitud, cuidar nuestra salud, enfrentar las dificultades con perseverancia y organizar mejor nuestras actividades cotidianas, sin que ninguna de estas prácticas constituya necesariamente una transgresión de la voluntad divina.

Sin embargo, los beneficios que puedan producir jamás deberían confundirse con la esencia de la vida cristiana ni ocupar el lugar que corresponde a la obediencia al Señor.

La tragedia comienza cuando nuestra preocupación por sentirnos bien se vuelve más importante que nuestra responsabilidad de hacer el bien, cuando nuestra necesidad de tranquilidad emocional adquiere mayor autoridad que las Escrituras y cuando nuestra confianza en las capacidades personales desplaza el reconocimiento de nuestra dependencia de Dios.

Sería lamentable que un cristiano aprendiera a pensar positivamente acerca de su futuro, pero dejara de preocuparse por su destino eterno; que desarrollara una extraordinaria capacidad para reconocer las oportunidades de la vida, pero perdiera la sensibilidad necesaria para reconocer sus propios pecados; que aprendiera a agradecer cada experiencia agradable, pero olvidara agradecer a Dios mediante una vida de obediencia; o que adquiriera técnicas para superar cualquier dificultad, excepto aquella que representa su propia resistencia a someterse a Jesucristo.

En ocasiones necesitamos menos complacencia con nuestras emociones y mayor disposición para examinar nuestras decisiones. Necesitamos reconocer que la tristeza puede conducirnos al arrepentimiento, que la corrección puede protegernos del error y que las dificultades pueden ofrecernos oportunidades para demostrar la autenticidad de nuestra fe.

Recordemos que el apóstol Pablo no estableció como propósito supremo de su existencia alcanzar tranquilidad emocional, prosperidad económica o reconocimiento humano, porque su mayor aspiración consistía en permanecer fiel a Jesucristo.

En Filipenses 3:7-8, después de referirse a aquello que anteriormente consideraba ganancia, declaró que había llegado a estimarlo como pérdida por causa de Cristo, manifestando de esta manera una transformación profunda en su manera de valorar las cosas.

Y cuando su carrera terrenal se aproximaba al final, escribió en 2 Timoteo 4:7, «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe».

¡Qué extraordinaria manera de evaluar una existencia! Pablo contemplaba su vida considerando la fidelidad con la que había cumplido su responsabilidad delante del Señor, aun después de haber experimentado persecuciones, sufrimientos y numerosas dificultades.

Cuando llegue el momento de examinar nuestra propia carrera, sería verdaderamente triste que solamente pudiéramos recordar cuánto mejoramos nuestros pensamientos, cuánto desarrollamos nuestras capacidades o cuántas oportunidades aprovechamos para disfrutar una existencia satisfactoria, si al mismo tiempo hemos descuidado la fe que debíamos guardar.

Por eso, antes de compartir otra frase motivacional, antes de adoptar una nueva técnica de bienestar y antes de dedicar nuestros mejores esfuerzos a desarrollar una versión más satisfactoria de nosotros mismos, deberíamos preguntarnos seriamente si estamos viviendo conforme a la voluntad de Dios.

Porque podemos aprender a vivir con una mentalidad positiva mientras mantenemos una conducta que Dios desaprueba; podemos sentirnos cada vez mejor con nosotros mismos mientras nuestra condición espiritual se deteriora, y podemos alcanzar muchos de nuestros sueños mientras abandonamos aquello que Jesucristo nos ha mandado hacer.

Que nuestra gratitud nos lleve a honrar a Dios, que nuestra perseverancia se manifieste principalmente en la fidelidad a sus mandamientos, que nuestra manera de pensar sea transformada mediante su palabra y que nuestros proyectos permanezcan sometidos a su voluntad.

Y cuando debamos elegir entre conservar nuestra comodidad personal y obedecer al Señor, recordemos que ninguna tranquilidad emocional puede justificar la desobediencia, porque la verdadera grandeza de nuestra existencia se encuentra en vivir fielmente delante de aquel que nos creó, nos dio a conocer su voluntad por medio de Jesucristo y nos ha llamado a participar de una esperanza que trasciende todas las satisfacciones de esta vida.

Después de todo, de poco nos servirá haber aprendido a sentirnos bien durante nuestra existencia terrenal, si al terminarla descubrimos que jamás nos preocupamos suficientemente por vivir de una manera agradable delante de Dios.

Ω

Publicaciones
Volviendo a la Biblia
www.volviendoalabiblia.com

2 de Octubre de 2026

Copyright © 2026 Lorenzo Luévano Salas

Se autoriza la distribución gratuita de esta obra, citando la fuente y sin alterar su contenido
A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina-Valera ©
1960 Sociedades Bíblicas en América Latina © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas.
Utilizado con permiso.

Fuentes de consulta

Fuentes bíblicas.

La Santa Biblia. Reina-Valera, revisión de 1960. Los pasajes principales examinados corresponden a Mateo 6:33; Mateo 7:21-23; Marcos 8:36; Lucas 9:23; Lucas 10:38-42; Lucas 12:16-21; Juan 15:5; Romanos 12:1-2; 2 Corintios 7:10; 2 Corintios 12:7-10; Filipenses 3:7-8; Filipenses 4:8-13; Colosenses 3:1-2; 1 Tesalonicenses 5:18; 1 Timoteo 4:8; 2 Timoteo 4:2-7; Santiago 4:13-16.

Estudios históricos y psicológicos.

Peale, Norman Vincent. *The Power of Positive Thinking*. Nueva York, Prentice-Hall, 1952. Obra fundamental para comprender la divulgación religiosa del pensamiento positivo en el siglo XX. WorldCat.org

Seligman, Martin E. P., y Mihaly Csikszentmihalyi. «Positive Psychology. An Introduction». *American Psychologist*, vol. 55, n.º 1, 2000, pp. 5-14. DOI 10.1037/0003-066X.55.1.5. Artículo de referencia para comprender el desarrollo académico de la psicología positiva. PubMed.

Choi, Hyewon, y colaboradores. «A Meta-Analysis of the Effectiveness of Gratitude Interventions on Well-Being Across Cultures». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 122, n.º 28, 2025. DOI 10.1073/pnas.2425193122. Investigación sobre los beneficios y límites de las intervenciones de gratitud en distintas culturas. PNAS.

A Systematic Review of Gratitude Interventions. Effects on Physical Health and Health Behaviors. *Journal of Psychosomatic Research*, vol. 135, 2020, artículo 110165. DOI 10.1016/j.jpsychores.2020.110165. Revisión sistemática sobre la relación entre las intervenciones de gratitud y determinados indicadores de salud física. ScienceDirect.

Obras complementarias de consulta bíblica.

Bauer, Walter; Frederick W. Danker; William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*. 3.ª edición. University of Chicago Press, 2000. Recurso lexicográfico para el estudio del griego del Nuevo Testamento.

Louw, Johannes P., y Eugene A. Nida. *Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains*. Segunda edición. United Bible Societies, 1989. Obra de consulta para examinar los campos semánticos del vocabulario neotestamentario.

Fee, Gordon D. *Paul's Letter to the Philippians*. *New International Commentary on the*

New Testament. Eerdmans, 1995. Estudio exegético útil para examinar el contentamiento y la fortaleza de Pablo en Filipenses 4.

Moo, Douglas J. The Epistle to the Romans. New International Commentary on the New Testament. Eerdmans, 1996. Comentario de referencia para estudiar la renovación del entendimiento y sus consecuencias prácticas en Romanos 12.

Libros del autor

- Debate Camacho Luévano. El Nuevo Testamento enseña que la colecta de las iglesias es también para ayudar inconversos en necesidad.
- Lecciones en Génesis. Tomo 1.
- Lecciones en Génesis. Tomo 2.
- Lecciones en Rut.
- Lecciones en Filipenses.
- Lecciones en Romanos. Tomo 1.
- Lecciones en Romanos. Tomo 2.
- Lo que dice el Nuevo Testamento sobre la iglesia de Cristo.
- Las hijas de la gran ramera.
- La Gracia de Dios.
- Diálogo sobre el institucionalismo. Carlos Camacho y Lorenzo Luévano.
- Instrumentos mecánicos en la alabanza, ¿los autoriza Dios al cristiano para cantar alaban-zas?
- La música en la iglesia, preguntas y respuestas.
- ¿Es el uso de instrumentos musicales en la alabanza un asunto de opinión? Debate Camacho Luévano.
- Liberalismo en iglesias de Cristo, el uso de instrumentos musicales, repasos y debates.
- Liberalismo en iglesias de Cristo, centralización e institucionalismo.
- El diezmo, estudio y objeciones. Tomo 1.
- El diezmo, estudio y objeciones. Tomo 2.
- El diezmo, estudio y objeciones. Tomo 3.
- Objeciones y respuestas a John Anderson: a sus falsas doctrinas.
- Ideas extrañas y textos mal aplicados por carismáticos y pentecostales.
- Alvarado Luévano Debate, ¿es el bautismo para perdón de pecados?
- Hermenéutica Básica.
- Homilética para principiantes.
- Breves enseñanzas.
- ¿Son las iglesias de Cristo una secta? El intercambio Luévano Gonzáles.
- Esta es mi defensa. Tomo 1.
- Esta es mi defensa. Tomo 2.
- Esta es mi defensa. Tomo 3.

- Estudiantes de la Biblia. Artículos para conocer términos, conceptos y materias propias del oficio.
- Estudiantes de la Biblia. Tomo 2. La Nueva Hermenéutica.
- Estudiantes de la Biblia. Tomo 3. Un estudio de Romanos 8:29-30.

Disponibles en Amazon



Amazon México: <https://www.amazon.com.mx/stores/author/Bo81GGTX6K/allbooks>

Amazon USA: <https://www.amazon.com/stores/author/Bo81GGTX6K/allbooks>

ACERCA DEL AUTOR:

Lorenzo Luévano obedeció el evangelio a sus 16 años de edad, poniendo toda su fe en la gracia de Dios y el sacrificio de su Hijo. Es Bachiller en estudios bíblicos y teológicos, y goza de una variedad de diplomados en teología bíblica, pneumatología, hermenéutica, profetas, homilética, evangelismo y filosofía. Fue alumno y profesor en el Colegio Cristiano del Centro, y director y profesor en el Instituto Bíblico Juárez. Con más de 28 años de experiencia en la enseñanza bíblica, ha ejercido su obra de evangelista predicando en México, Estados Unidos, América Central, América del Sur y Europa. Ha publicado una variedad de sermones, artículos y libros con diversos temas de estudio bíblico, debates y lecciones para la edificación. Es administrador del sitio web, “Esta es mi defensa” y “Volviendo a la Biblia”.

www.volviendoalabiblia.com

www.estaesmi defensa.com